

## Prólogo

---

### Una cita secreta en Crescent Mews

*A fines de invierno de 1828*

**E**n la biblioteca todo contribuía a que reinara el más absoluto silencio; las pesadas cortinas de terciopelo habían sido corridas hacía un buen rato contra la parpadeante luz de gas de las farolas en la calle. La mullida alfombra turca silenciaba todos los pasos, y la profundidad cavernosa de la habitación habría sofocado cualquier murmullo que se hubiera producido. Por supuesto, no había ninguna luz, salvo el resplandor del fuego en el hogar.

Lord Nash tenía muchos defectos, pero no era un ingenuo. La puesta en escena estaba muy estudiada, y él lo sabía. Estaba de espaldas al fuego, con los ojos fijos en la puerta, que apenas se distinguía en la sombra.

Al abrirse la puerta, lo hizo de forma tan silenciosa como cuando él había llegado. La condesa de Montignac avanzó hacia él, con sus finas y frágiles manos extendidas como si saludara a su amigo más querido. Lucía un salto de cama de seda rojo, más apropiado para su gabinete, y su espesa y seductora cabellera dorada le caía por la espalda hasta la cintura.

—*Bonsoir*, milord —dijo con tono zalamero; al moverse la seda roja relucía a la luz del fuego—. Por fin tendré el placer, *oui*?

Él se abstuvo de tomar sus manos, obligándola a dejarlas caer.

—Ésta no es una visita de cortesía —dijo lord Nash—. Muéstreme lo que he venido a buscar.

Ella esbozó una amplia sonrisa, casi pícara.

—Me gustan los hombres que saben lo que quieren —repuso con tono meloso.

Antes de que él sospechara lo que ella iba a hacer, la condesa se llevó sus elegantes manos a los hombros y deslizó el salto de cama de seda sobre sus brazos. La prenda quedó colgando un instante de las yemas de sus dedos antes de caer al suelo.

Nash maldijo la breve punzada de deseo que experimentó. Sin duda era una mujer muy bella, y se había puesto un salto de cama tan sutil con un solo propósito. Sus delicados pechos, de un blanco marfileño, se agitaban debajo de éste al ritmo de su entrecortada respiración. Se tocó un pezón endurecido a través de la delgada prenda.

—Muchos hombres han pagado una fortuna por esto —dijo con voz ronca—. Pero para usted, Nash..., *ah, mon Dieu!* Una mujer casi estaría dispuesta a regalárselo.

Nash deslizó una mano debajo de su pecho izquierdo y se lo apretó, aunque no lo suficiente para hacerle daño. Pero casi. En el rostro de la condesa se pintó una extraña mezcla de temor y lujuria.

—Los papeles —gruñó él entre dientes—. Vaya a por ellos. No juegue conmigo.

Ella retrocedió, dirigiéndole una mirada hosca, de refilón, mientras se movía en las sombras. Él la oyó abrir un cajón y volver a cerrarlo con brusquedad. La condesa regresó con un grueso manojo de folios. Nash tomó los papeles y los desdobló a la luz del fuego. Examinó el primero por encima, los otros con más detenimiento.

—¿Cuánto? —preguntó con frialdad.

—Diez mil.

Él vaciló.

La condesa se acercó tanto que él percibió el perfume a jazmín de su cabello.

—He tenido que emplear todas mis artes femeninas para obtener lo que usted necesita.

—Todas salvo una, supongo —murmuró el marqués.

La condesa no se sonrojó siquiera.

—Y supongo que no necesito decirle, milord, las ramificaciones políticas que este asunto podría tener —dijo con tono meloso, apoyando una cálida mano sobre su brazo—. Diez mil, y el placer de mi cuerpo durante una noche.

Nash trató de apartar sus ojos de los pechos de la condesa, que se movían al ritmo de su respiración.

—No creo que a su marido le gustara que le pusieran los cuernos bajo su propio techo, *madame*.

Ella sonrió, oprimiendo su cuerpo contra el suyo.

—Pierre es muy comprensivo, *mon cher* —murmuró—. Y yo tengo... ciertas necesidades. Unas necesidades que estaré encantada de demostrarle, si logro convencerlo para que se acueste conmigo.

—No lo lograré —respondió él.

Ella apartó la mano de su brazo en un gesto de capitulación, pensó él. Hasta que la apoyó con firmeza y efusivamente en un lugar muy distinto. Para humillación del marqués, su rígida verga se movió al instante bajo la palma de la mano de la condesa.

—¿Está usted seguro, *mon cher*? —susurró ella—. Parece estar muy convencido, y no puedo por menos de preguntarme, Nash, si es cierto todo lo que se rumorea sobre usted.

Él dejó los papeles.

—Éste es un juego peligroso, *madame*.

—Llevo una vida peligrosa —replicó ella. Pero con una leve sonrisa, dejó caer la mano y se apartó.

Él la observó en silencio unos minutos, como quien observa a una serpiente en la hierba. Ella le observó indecisa.

—¡*Mon Dieu*, no me mire con esa cara de santurrón, Nash! —le espetó—. Usted y yo somos muy parecidos. No tenemos nada que ver con este mundo reprimido y opresivo de los ingleses. Jamás sere-mos así. ¿Qué tiene de malo que aprendamos a satisfacernos sexualmente el uno al otro?

En lugar de responder, Nash se agachó y recogió el salto de cama de seda rojo del suelo.

—Póngaselo, condesa —dijo—. Es muy poco lo que uno puede enseñar a una mujer tan experimentada como usted.

Ella volvió a sonreír con coquetería.

— *Oui, milord, c'est vrai* — respondió, tomando de sus manos el salto de cama de seda rojo.

Concluyeron su transacción con rapidez; la condesa no le hizo más insinuaciones, salvo alguna que otra mirada tórrida de soslayo, que no iba dirigida precisamente a su rostro. Nash se sintió aliviado al salir por la parte trasera de la casa a las calles húmedas y silenciosas de Belgravia. La bruma se había espesado y se cernía sobre el Támesis junto con el intenso frío de enero. Nash se levantó el cuello del abrigo y echó a andar por Upper Belgrave Street. A su espalda, la campana de St. Peter's, recién construida, tañó dos veces, emitiendo un sonido curiosamente seco bajo la lluvia.

En esta época del año, las amplias y elegantes avenidas estaban desiertas a esta hora. Nadie observó a Nash mientras caminaba en silencio por las laberínticas calles de Crescent Mews. Era un lugar singular que la nueva perfección de Belgravia había engullido, alzándose sobre él. Un lugar no fácil de localizar, lo cual resultaba perfecto para el propósito que se había forjado.

A lo lejos, vio un farol oscilando en su soporte de latón, el cual arrojaba un débil resplandor sobre los escalones de un establecimiento pequeño y de aspecto poco importante. Cuando se acercó a la entrada, un hombre vestido con el colorido uniforme de la Guardia Real salió con paso vacilante de detrás de un matorral, abrochándose la bragueta. Ambos se saludaron cortésmente con una inclinación de cabeza, y Nash siguió adelante. Al llegar al pie de los escalones oyó unas risas estridentes. Se detuvo debajo de un árbol, donde el resplandor del farol no le alcanzaba, encendió un puro y esperó. Había aprendido hacía mucho tiempo a tener paciencia.

De vez en cuando un militar o un caballero salía del local entre estruendosas carcajadas, bajaba la angosta escalera y se encaminaba, tambaleándose, hacia las callejuelas circundantes. Al cabo de un rato salió por fin un hombre que se dirigió hacia el árbol. Era menudo y ágil, y su paso seguro confirmaba que estaba sobrio.

— Buenas noches, señor.

— Buenas noches — dijo Nash—. Al parecer todos los soldados borrachos que esta noche están ahí pertenecen al cuartel de la Guardia Real.

El hombre menudo esbozó una leve sonrisa.

—Eso parece, milord —respondió—. Swann dice que desea contratar mis servicios.

Nash sacó su talego e indicó con la cabeza Wilton Crescent.

—¿Conoce a la mujer que vive en la tercera casa a este lado de Chester Street?

—¿Quién no la conoce? —contestó el hombre—. La condesa de Montignac.

—En efecto —dijo Nash—. ¿Es su verdadero nombre?

El hombre menudo sonrió de nuevo levemente.

—No es probable —respondió—. Pero tiene amigos influyentes, y su marido es agregado de la embajada francesa. ¿Qué desea, milord?

—Que tres hombres vigilen la casa día y noche —respondió Nash con tono carente de toda emoción—. Los nombres de todas las personas que entren y salgan, desde el deshollinador hasta los invitados a una cena. Cuando ella salga de casa, deseo saber adónde va, con quién y el tiempo que permanece ausente. Quiero que informe a Swann una vez a la semana. Usted y yo no volveremos a vernos.

El hombre menudo se inclinó.

—Me encargaré de ello —dijo. Tras dudar unos instantes, añadió—: ¿Puedo hablarle con franqueza, milord?

Nash arqueó sus oscuras y espesas cejas.

—Desde luego.

—Ándese con cuidado, señor —le recomendó el hombre en voz baja—. El cuerpo diplomático es un nido de víboras, presidido por la condesa de Montignac. Por un precio, esa mujer es capaz de traicionar a su propia madre.

En los labios del marqués se dibujó un rictus de amarga satisfacción.

—Lo sé —dijo—. Pero le agradezco el consejo.



# Capítulo 1

## Un baile de gala en Hanover Street

*Primavera de 1828*

**L**a señorita Xanthia Neville pensaba en tener un *affaire*. De hecho, pensaba en ello de forma muy gráfica mientras observaba la marea de apuestos y elegantes caballeros que conducían a sus parejas por la pisa de baile ejecutando los complicados pasos del vals. Fracs y vaporosas faldas giraban y se ahuecaban bajo el destello de miles de velas. Los asistentes entrechocaban sus copas de champán y se miraban de soslayo. Todo el mundo estaba de excelente humor. Nadie estaba solo.

Bueno, eso no es del todo cierto. *Ella* estaba sola. A la avanzada edad de casi treinta años —un peligroso precipicio—, Xanthia era una solterona. No obstante, esta noche se había puesto el vestido de terciopelo rojo, el color burdeos más atrevido que había hallado en Pall Mall, como si con ello quisiera transmitir una sutil señal en el elegante salón de baile de lord Sharpe.

Pero quizá se engañaba. Quizás había bebido demasiadas copas del exquisito champán de Sharpe. En este país, las damas solteras no tenían aventuras sentimentales. Se casaban. Incluso su cínico hermano no toleraría un escándalo. Por lo demás, Xanthia, una consumada negociadora, no tenía la menor idea de cómo abordar un asunto de esa índole. Sabía tratar con la máxima diplomacia al inspector de adua-

nas más arisco, consignar un cargamento en tres idiomas y detectar a un sobrecargo estafador con una lista de embarque manipulada a un kilómetro de distancia. Pero a menudo pensaba que era incapaz de resolver su vida personal.

De modo que esta relación sentimental en la que deseaba embarcarse no era sino otra fantasía. Otra cosa inalcanzable que, aunque dolorosamente ausente en su vida, exigía un precio demasiado elevado.

¿Se sentía sola? Xanthia no lo sabía. Sólo sabía que en su vida había tenido que tomar unas decisiones muy duras, y la mayoría de ellas las había tomado con los ojos bien abiertos. El salón de baile de lord Sharpe estaba repleto de bonitas y virginales jóvenes casaderas que hacían su presentación en sociedad. No lucían vestidos rojos. Las numerosas posibilidades que ofrecía la vida aún estaban abiertas para ellas. Xanthia las envidiaba, pero no se habría cambiado por la más bella de esas jóvenes.

Se volvió de espaldas al océano de apuestos hombres y bonitas vírgenes y salió a la terraza en busca de soledad. Los tacones de sus escarpines resonaban con suavidad sobre las losas, hasta que el sonido de la orquesta y el murmullo de voces se desvanecieron. Ni siquiera los amantes ilícitos se habían aventurado a adentrarse tanto en la penumbra. Quizás ella tampoco debió hacerlo —la alta sociedad inglesa censuraba las cosas más peregrinas—, pero algo en el silencio la había atraído.

Xanthia se detuvo en el extremo de la terraza, para apoyarse en el muro de ladrillo y dejar que sus hombros se relajaran contra la piedra, que aún retenía el calor de un día más soleado de lo habitual en esa época. Llevaba cuatro meses en Londres, pero no había sentido ni un día la tibieza del sol. Incluyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras gozaba del leve calor y apuraba las últimas gotas de su champán.

—¡Ojalá fuera yo la causa de esa expresión! —murmuró una voz grave con tono consternado—. Rara vez he visto a una mujer tan extasiada, a menos que esté en la cama conmigo.

Xanthia abrió los ojos al instante y sofocó una exclamación de asombro.

Un hombre alto, de porte elegante, se hallaba ante ella en la terraza, y a pesar de la oscuridad Xanthia sintió el calor de su mirada sobre ella. Le reconoció vagamente, por haberse fijado en él hacía un rato, reclinado lánguidamente en una butaca al fondo de la sala de juegos, y había observado que todas las mujeres le habían mirado cuando había abandonada la estancia. Era el tipo de hombre que llamaba la atención de cualquier mujer; no por su apostura, sino por algo más primitivo.

Xanthia alzó el mentón.

—Esta noche hay multitud de gente en casa de Sharpe —dijo con frialdad—. Pensé que mi huida había pasado inadvertida.

—Es posible —respondió él con voz grave y resonante—. No sabría decirle. Llevo un cuarto de hora escondido aquí.

Lo dijo con tono apesadumbrado, lo cual hizo que Xanthia rompiera a reír.

El hombre salió de la penumbra, se situó bajo el rayo de luna que se proyectaba sobre la terraza y observó la copa de champán vacía de Xanthia.

—Sharpe tiene un gusto impecable en materia de champán, ¿no cree? —murmuró—. Y al margen de su enigmática expresión, querida, ¿no cree que sería más prudente que regresara al salón de baile?

Pero Xanthia no captó ni su sugerencia ni la sutil insinuación que ocultaba, pues estaba absorta estudiando su rostro. No, definitivamente no era un hombre bello. Sus facciones denotaban un carácter implacable, con una nariz aguileña, una mandíbula demasiado pronunciada y unos ojos extraordinarios, ligeramente rasgados. Tenía el cabello oscuro, y más largo de lo que estaba en boga. Lo más inquietante, sin embargo, era el aura de peligro que emanaba. Por inexplicable que parezca, Xanthia no hizo caso.

—No —dijo en voz baja—. Creo que me quedaré.

Él alzó uno de sus recios hombros.

—Como guste, querida —dijo—. Hace unos momentos parecía una gata absorbiendo el calor. ¿Tiene frío?

Durante un instante, Xanthia cerró los ojos y pensó en el sol de Barbados.

—Siempre tengo frío —respondió—. Hace un siglo que no siento calor.

—Qué lastima. —Él se acercó más y extendió la mano—. Creo que no he tenido el placer, señora. De hecho, estoy seguro de que hace poco que ha llegado a la ciudad.

Ella observó su mano, pero no la tomó.

—¿Conoce a todo el mundo? —preguntó.

—Es mi deber —respondió él sin más.

—¿De veras? —Xanthia dejó su copa sobre la cercana balaustrada—. ¿A qué se dedica?

—A conocer a la gente.

—Vaya, un hombre misterioso —respondió ella con cierto tonillo irónico—. ¿Y de quién se oculta, si puedo preguntárselo? ¿De un marido furioso? ¿De una mujer despechada? ¿O de ese grupo de madres casamenteras que no le quitan ojo?

Él esbozó una media sonrisa melancólica.

—¿De modo que se ha percatado? —preguntó—. Es bochornoso. Parece como si esperaran que yo... Da lo mismo.

Ella le miró con curiosidad.

—Expectativas —murmuró—. Sí, eso es lo malo, ¿verdad? Las personas se resisten a renunciar a sus expectativas. Los demás esperan que hagamos ciertas cosas, que tomemos ciertas decisiones, y cuando no lo hacemos, piensan que somos obstinados. O excéntricos. O ese horrendo eufemismo: difíciles. Me preguntó por qué.

—Yo también —murmuró él, sosteniendo su mirada—. Me pregunto, querida, si es usted el tipo mujer que hace lo que nadie espera que haga. Me da la impresión de que es..., no sé, distinta de esas otras personas que danzan en el salón de baile.

*Esas otras personas.*

Con esas simples tres palabras, él pareció trazar una línea oscura y precisa entre de ellos dos y... los demás. Xanthia intuyó que él tampoco era como las demás personas. Un repentino escalofrío de una emoción que no pudo descifrar le corrió por la espalda. Durante un instante, pareció como si él no la estuviera mirando a ella, sino algo más profundo. Su mirada atenta. Calculadora. Y a la vez comprensiva.

Pero qué tonterías. ¿Qué hacía ella aquí en la oscuridad, conversando con un extraño?

Él arqueó sus cejas negras y tupidas.

—Está muy callada, querida.

—Me temo que no tengo nada interesante que decir. —Xanthia se relajó de nuevo contra la piedra—. Llevo una vida bastante austera y no suelo frecuentar la sociedad.

—Yo tampoco —confesó él, bajando la voz—. Sin embargo..., ambos estamos aquí.

Se inclinó tanto hacia ella que Xanthia percibió el olor de su agua de colonia, una interesante combinación de humo y cítricos. Él volvió a mirarla a los ojos, esta vez con más intensidad, y Xanthia sintió de pronto como si la terraza de piedra se moviera bajo sus pies. Incluso en la oscuridad, los ojos de él parecían relucir.

—Disculpe —dijo ella, un poco nerviosa—. Lleva... aceite de ámbar, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Entre otras cosas.

—Y neroli —añadió ella—. Pero el ámbar es... un perfume bastante raro.

Él parecía vagamente complacido.

—Me sorprende que lo conozca.

—Tengo ciertos conocimientos sobre aceites y especias.

—¿De veras? —murmuró él—. Mi perfumista en St. James lo importa para mí. ¿Le gusta?

—No estoy segura —respondió ella con sinceridad.

—En tal caso, mañana no me lo pondré.

—¿Mañana?

—Cuando pase a recogerla —dijo él—. A propósito, querida, ¿no va a decirme su nombre? Me basta el nombre de su marido. De esa forma, puedo averiguar a qué horas acude a su club y calcular cuándo suele ausentarse de casa.

—Yo no conozco su nombre —respondió ella secamente—. Pero veo que es usted muy atrevido.

—Verá, la timidez no te lleva a ninguna parte —respondió él sonriendo.

Xanthia emitió una amarga carcajada.

—Cierto —contestó—. Yo misma lo aprendí muy a mi pesar.

Él la observó durante unos momentos con recelo.

—No, no parece ser una persona tímida y apocada —dijo con gesto pensativo—. Dígame, querida, ¿es tan atrevida como sugiere ese vestido rojo que luce?

—En algunas situaciones, sí —confesó Xanthia, sosteniendo su mirada—. Si deseas algo con intensidad, a veces tienes que ser atrevida.

De repente él deslizó una mano debajo de su codo, y fue como si se hubiera producido una descarga eléctrica entre ellos.

—Es usted una mujer muy interesante, querida. —La voz de él sonaba ronca en la penumbra—. Hace mucho tiempo que no me sentía tan... intrigado.

—Creo entenderlo —respondió Xanthia—. Ojalá pudiéramos..., déjelo, no importa. Soy una tonta. Quizá debería irme.

Pero la mano que él había apoyado en su brazo la retuvo.

—¿Qué? —murmuró él—. ¿Qué es lo que desea, querida? Si está en mi mano poder satisfacer su deseo, lo haré encantado.

Sus palabras hicieron que ella se echara a temblar.

—No era nada —respondió—. Es usted un hombre peligrosamente encantador, señor. Creo que no debo quedarme aquí.

—Espere —insistió él, atrayéndola hacia sí—. Hagamos un trato, querida. Yo le diré mi nombre y a qué me dedico. A cambio, usted... —se detuvo, dejando que sus ojos se pasearan de nuevo sobre ella.

—¿Qué? —inquirió Xanthia, sin poder contenerse.

—Me besaré —le ordenó él—. Y no me refiero a un casto beso de hermana.

Xanthia le miró con ojos como platos, pero se sentía picada por la curiosidad. A fin de cuentas, era ella quien había iniciado este absurdo juego del gato y el ratón. Pero, lo que resultaba aún más ridículo, *deseaba* besarlo, sentir esa boca dura y áspera sobre la suya, y...

Él no esperó a que le diera permiso. Sus manos la tomaron por los hombros, atrayéndola bruscamente hacia sí mientras oprimía sus labios con firmeza sobre los de ella. No fingió tratarla con delicadeza, ni reprimirse como exigía la urbanidad, sino que abrió su boca sobre la de ella y le acarició los labios con la lengua. Xanthia sintió que el deseo hacía presa en ella, y dejó que él explorara las profundi-

dades de su boca con unos movimientos lentos y sensuales de su lengua.

De pronto se sentía viva, aunque casi desfallecida en sus brazos, como si careciera de voluntad propia. Hacía lo que él quería; el deseo de él, que aumentó con rapidez, era idéntico al de ella. Hacía mucho que un hombre no la besaba, y jamás de esta forma. Le rodeó el cuello con sus brazos, dejando que las manos de él se pasearan por todo su cuerpo, haciendo que ella se estremeciera. Sus lenguas se enlazaron y ambos comenzaron a respirar trabajosamente. La boca de él sabía a champán y a lujuria. El olor ahumado de su agua de colonia adquirió una mareante intensidad al tiempo que la temperatura de su piel aumentaba. Xanthia se sentía atrapada en la locura de él, oprimiendo su cuerpo casi descaradamente contra el suyo, dejando que sus manos, que no se estaban quietas, y su boca ávida crearan una intimidad propia de unos amantes.

—Cielo santo, esto es una locura —se oyó decir Xanthia, pero a lo lejos, como incorpórea.

—Sí, una locura gloriosa —murmuró él.

Apoyó las manos en las caderas de ella, moviéndolas en eróticos círculos sobre el terciopelo de su vestido. Las bajó un par de centímetros y la alzó contra él. La pulsión de su rígido miembro contra ella y sus intenciones eran inconfundibles. Xanthia se alzó de puntillas, apretándose contra él, anhelando algo que sabía que era peligroso.

Él le levantó la falda y deslizó la mano debajo de la misma, acariciando la curva de sus caderas con movimientos sensuales. La acarició allí una y otra vez. Luego, sin apartar la boca de la suya, la apoyó con firmeza contra el muro de ladrillo y deslizó la mano que tenía debajo de su vestido más abajo, explorando.

Al fin Xanthia logró apartar su boca de la de él.

—Espere, yo...

—Estamos solos, querida —la tranquilizó él, depositando unos delicados besos a lo largo de su mentón—. Estoy seguro de ello. Confíe en mí.

Sus palabras hicieron que ella se derritiera. Cometió la imprudencia de ceder; le deseaba con una intensidad que jamás había experimentado. Esto era una locura. Pero tras emitir una sofocada exclamación,

mación de rendición, oprimió de nuevo su boca contra la de él, dejando que el extraño de cabello y ojos oscuros se saliera con la suya. Y sin embargo en este momento infinito de frenesí, no le pareció un extraño. Él la conocía; sabía exactamente dónde tocarla. Ella sintió la cálida palma de su mano a través del delgado lino de sus bragas. Sin separar su boca de la suya, la acarició allí, en sus partes íntimas, al tiempo que emitía unos profundos y apasionados gemidos. Xanthia se rindió sin el menor recato, sintiendo que sus piernas no la sostenían. Él la acarició con más insistencia, mientras ella jadeaba de pasión, gozando con cada delicada caricia mientras su deseo aumentaba y su cuerpo empezaba a acusar la tensión.

*Iba a estallar.* No podía soportarlo más. Era un anhelo tan poderoso que hacía que se estremeciera. Sintió que la realidad se desvanecía, sintió que la oscuridad de la noche giraba alrededor de ellos, y, de pronto, tuvo miedo. Dios santo, ¿había perdido el juicio?

Él oprimió los labios contra su oreja y le chupó suavemente el lóbulo.

—Dámelo, querida —murmuró, mordisqueándose con delicadeza—. Cielo santo, ¿tienes idea de lo bella que me pareces en este momento?

—Creo..., creo... —Xanthia no cesaba de temblar—. Por favor..., creo que... debemos detenernos.

Él emitió un gemido como de dolor, pero su mano dejó de acariciarla.

—Basta —repitió ella, más para sí misma que dirigiéndose a él.

Él apoyó la frente levemente contra la suya.

—¿Por qué, querida? —preguntó con voz ronca—. Ven, marchémonos sin que nadie nos vea. Deseo que pases la noche en mi lecho. Prometo darte placer hasta que amanezca..., podemos hacer todo cuanto imagines.

Pero ella meneó la cabeza, su cabellera rozando la piedra del muro.

—No me atrevo —dijo—. No comprendo qué me ha ocurrido. Usted... debe pensar que soy una ramera.

Él le bajó la falda, alisándose con delicadeza.

—Pienso que eres una mujer sensual con muchas necesidades

que no han sido atendidas —murmuró, besándola ligeramente en la mejilla—. Y que deberías dejar que yo subsanara esa penosa circunstancia.

Ella emitió una breve y seca carcajada.

—Cielo santo, debo de estar loca —murmuró—. Había empezado a considerarlo..., ¡y ni siquiera sé quién es usted!

Él retrocedió, mirándola todavía con ojos rebosantes de deseo, e hizo una sorprendente y elegante reverencia.

—Me llamo Nash —dijo con tono quedo—. Jugador y sibarita profesional, a sus pies, señora.

*¿Sibarita profesional?*

Xanthia empezó a asimilar la grave imprudencia que acababa de cometer. No conseguía recobrar el resuello. Abrió la boca para decir algo, pero no pudo articular palabra. De pronto, hizo quizá lo más estúpido y humillante que puede hacer una mujer. Dio medio vuelta y echó a correr.

Atravesó la terraza a la carrera, presa del pánico. Pero no oyó nada. Ni pasos. Ni voces. Unos metros frente a ella vio la luz que provenía del salón de baile. Poco antes de alcanzar la puerta, tuvo la presencia de ánimo de detenerse para arreglarse el pelo y la ropa. Pero seguía sin oír nada. Gracias a Dios, él no la seguía.

¿En qué había estado pensando? Sin dejar de resollar, Xanthia apoyó la palma de la mano contra el marco exterior de la ventana y procuró que sus piernas, que temblaban como si fueran de gelatina, adquirieran la suficiente consistencia para caminar de forma airosa y elegante. Bien, había deseado hacer algo un tanto escandaloso, y lo había conseguido. Había permitido que un extraño la besara hasta dejarla aturdida..., en realidad le había permitido mucho más que eso. Y ahora, al no sentir junto a ella la cálida fuerza que exhalaba el cuerpo de él, tenía más frío del que jamás había tenido y se sentía profundamente agitada, lo cual no era habitual en ella.

Furiosa consigo misma, Xanthia enderezó la espalda y entró en el salón de baile con una sonrisa artificial pintada en el rostro. Dios mío, qué estúpida era. Una cosa era excederse un poco con el champán y recrearse con sensibleras fantasías, y otra muy distinta comportarse como una cualquiera con un extraño vulgar y corriente, o,

en el caso del señor Nash, nada vulgar y corriente. Pero por interesante que fuera ese hombre, no había nada metafísico entre ellos. No la había mirado a los ojos y había visto su alma ni nada por el estilo. ¿Cómo se le había ocurrido semejante idea? El celibato sin duda le había afectado el cerebro.

En fin, sólo podía rogar a Dios que Nash fuera un caballero. No es que ella temiera las habladurías, que no le afectarían, pero debía pensar en su hermano Kieran. Ella aún confiaba en que éste cambiara de vida. Y luego estaba su sobrina, Martinique, a la que quería mucho. Lord y lady Sharpe, unos primos a los que adoraba, y su hija Louisa, cuya presentación en sociedad era el motivo del baile que habían organizado hoy. La conducta de Xanthia podía afectarles a todos de forma negativa.

Tratando de recobrar la compostura, saludó con la cabeza a las pocas personas que conocía mientras se abría camino a través de la multitud. Se preguntó si parecía una ramera a la que acabaran de dar un revolcón, pero ninguna de las personas con las que se cruzó arqueó siquiera una ceja. El pánico empezó a disiparse, pero no así el recuerdo de las caricias de ese hombre. Cielos, tenía que localizar a su hermano y pedirle que la acompañara a casa antes de que hiciera una solemne estupidez, como ir en busca del señor Nash y arrojarle su liga a la cara.

Con una mano que aún le temblaba, Xanthia detuvo a un lacayo que pasó junto a ella para preguntarle si sabía dónde se encontraba Kieran. El lacayo, resplandeciente con su librea de un azul vivo, se inclinó ante ella.

—Lord Rothewell está en la sala de juegos, señora.

Xanthia sonrió educadamente.

—Haz el favor de decirle que deseo irme.

Le disgustaba interrumpir la partida de cartas de su hermano, pero o le pedía que la llevara a casa o tenía que quedarse aquí, arriesgándose a toparse de nuevo con el señor Nash. De pronto, entre la confusión que reinaba en su mente, se le ocurrió que el señor Nash no sabía su nombre. Ella había huido antes de decírselo, y él no la había seguido. Daba la impresión de que había perdido todo interés en ella.

Quizá fuera así. Quizás ella no era tan hábil a la hora de besar

como él había imaginado. Era un pensamiento humillante, pero más valía así. El señor Nash no conocía su nombre, y ella apenas conocía el suyo. Lo más probable es que no volvieran a encontrarse, pues ella no frecuentaba la alta sociedad —apenas tenía tiempo—, y el señor Nash poseía la insufrible arrogancia de un hombre que conoce su lugar en el *haut monde*. Y a menos que ella estuviera muy equivocada, el mundo en el que éste se movía era, en efecto, el de la flor y nata. Xanthia experimentó un leve alivio, lo cual le restituyó su compostura.

En el vestíbulo, lady Sharpe se estaba despidiendo de su cuñada. La señora Ambrose besó a Xanthia efusivamente en ambas mejillas.

—Querida Xanthia, deberías salir más a menudo —dijo—. Estás muy pálida.

—Le agradezco que se preocupe por mí —respondió Xanthia educadamente—. A propósito, ¿ha visto a Kieran?

La señora Ambrose esbozó una sonrisa mordaz.

—Lo dejé en la sala de juegos —respondió—. Está de mal humor.

En cuanto su cuñada se marchó lady Sharpe soltó una carcajada.

—Es una víbora, Zee —murmuró al tiempo que besaba a Xanthia en la mejilla—. Me siento muy halagada de que mis parientes menos sociables se hayan dignado asistir a mi pequeño baile.

—Pamela, no podíamos perdernos la presentación en sociedad de Louisa. —Xanthia se inclinó para abrazarla. Pero en ese momento, lady Sharpe osciló un poco y se apoyó casi imperceptiblemente contra ella.

Sorprendida, Xanthia tomó a su prima por el brazo.

—¿Qué ocurre, Pamela? —preguntó nerviosa. Luego ordenó a un lacayo—: ¡Una silla, por favor! Y ve enseguida a por su doncella.

El criado acercó una silla al instante, y lady Sharpe se sentó en ella con expresión agradecida.

—El gentío y la emoción... —dijo mientras Xanthia abría su abanico y se arrodillaba junto a ella—. ¡Gracias! Esa brisa me sentará muy bien. Sí, reconozco que me he fatigado demasiado, pero, por favor, no se lo digas a Sharpe.

En ese momento apareció el hermano de Xanthia.

—¿Pamela? —preguntó preocupado—. Tienes mala cara.

Lady Sharpe se ruborizó.

—Es el calor —dijo—. Y quizá mi edad, Kieran. Ahora, te ruego que no me hagas más preguntas si no quieres que las responda y haga que te sientas avergonzado.

Kieran tuvo la delicadeza de sonrojarse e ir de inmediato en busca de su carruaje. Cuando llegó la doncella de lady Sharpe, Xanthia se levantó.

—Tienes mal color, Pamela —dijo, resistiéndose a separarse de su prima—. ¡Vaya, me expreso como la señora Ambrose!

Lady Sharpe la miró avergonzada.

—No sin razón —murmuró—. Lamento haberte dado un susto.

—Sí, me he llevado un buen susto. —Xanthia le apretó la mano—. Motivo por el cual me verás de nuevo mañana. ¿Te parece bien que me pase sobre las tres para tomar el té?